

OCTUBRE 2016 - N.º 81

Ministri Dei

Servidores de Dios

Avda. Andalucía, 71 - 1.º B
23005 Jaén (España)
Teléfonos:
923 28 66 89
657 401 264

ministridei@hotmail.com
www.ministridei.es

Catena 3, S. L.
D. L. J-388-2009

Virgen fiel: Ruega por nosotros

La necesidad de algunos cristianos llega a límites insospechados. Que cierto es ese refrán que dice lo atrevida que es la ignorancia, porque cuando se les dice que Cristo debe ser nuestro modelo a imitar, responden que a Cristo no se le puede imitar porque era Dios. ¿Y para que se hizo hombre entonces? Para que lo imitemos, entre otras cosas.

Pero si para muchos cristianos imitar a Cristo les parece un listón muy alto, no tenemos escapatoria, la Santísima Virgen criatura como nosotros y no diosa, fue pionera en enseñarnos el “hágase” a la voluntad de Dios. Ella estuvo cumpliendo en cada momento la voluntad de Dios, y nunca pecó ni mortal ni venialmente porque María no desperdició ni inutilizó una sola de las gracias que el Señor la dio. Todas las inspiraciones del Señor hallaron siempre eco en su Corazón Inmaculado y en su disponibilidad por hacer la voluntad divina, y por eso alcanzó el grado de santidad única e inalcanzable por ningún otro ser humano. Si Ella siendo humana con la gracia de Dios lo consiguió, nosotros si queremos también podremos, porque la gracia de Dios tampoco nos faltará. De ahí que la Virgen deba ser nuestro modelo en todo, pero sobre todo en esta fidelidad a la gracia de Dios y a los planes divinos.

Su discreción y prudencia; su sólida e inquebrantable fe; su obediencia a los designios del Cielo; su disponibilidad; su actitud de servicio a los demás; su humildad, su abnegación, en fin, todas sus virtudes, deben ser para nosotros un ejemplo a seguir, y no podemos decir que Ella lo tuvo más fácil que nosotros por el hecho de ser la Madre de Dios, pues porque a quien se le dio mucho también se le pidió mucho. Ella, aunque es la Madre de Dios, observó todos los preceptos del Señor, pero fue también fidelísima a la menor prescripción de la Ley o de la autoridad, no dejó de cumplir ni el menor ápice de la misma. Porque ser fiel en lo pequeño como en lo grande, en lo que se ve exteriormente como en lo que apenas se aprecia, es el mejor atajo para llegar a la más alta santidad. Y Ella llegó a la más alta santidad.

Hay que ser fiel en todo momento y circunstancia, porque ser fiel cuando las cosas nos salen bien, cuando todo es consuelo y exaltación es fácil, pero ser fiel cuando vienen los momentos de prueba, de oscuridad, de tribulación, entonces es cuando la fidelidad alcanza un mérito heroico insospechado. A lo largo de la vida con todos sus instantes y con el paso de los días, meses y años, ser fiel a la voluntad de Dios en cada momento de nuestra existencia es algo costoso pero no imposible, porque siempre, siempre, la gracia de Dios está para ayudarnos y para que lo consigamos. San Juan Berchmans decía, que la vida ordinaria llena de cien mil pequeñeces y menudencias, se han de hacer todas con fervor, diligencia, esmero, cuidado y fidelidad.

Esa fue la vida de María, una vida que no tiene cosas llamativas, pero todo lo hizo con la intención purísima de cumplir la voluntad de Dios, y por eso, todo lo hacía con gran perfección. El “Fiat” de María en la Anunciación no decae ni por un momento al pie de la Cruz cuando la espada dolorosa le atraviesa el alma. Ella, allí sigue siendo la Virgen fiel a la voluntad de Dios. Por eso supliquémosle una y otra vez: Virgen fiel, ruega por nosotros.

BETANIA

EL SILENCIO

El silencio es una de las virtudes que muy pocos practican a la perfección, porque no se trata de no hablar, sino de una actitud tanto externa como internamente de recogimiento, de escucha y atención a la voz de Dios que nos habla. Esta virtud la poseen ejemplarmente esas personas que son almas de oración, que viven animadas por el Espíritu de Dios, que piensan y viven solo por y para Dios; y así resultan personas de grandes virtudes, porque viven en todo momento haciendo la voluntad de Dios.

No solo evitan palabras chocarreras, sino que tampoco hablan ni dicen palabras ociosas y que no vienen a cuento. Estas personas son como jardines -por no decir paraísos- de Dios, porque Él está a sus anchas en sus almas, donde solo hay oración y alabanzas hacia la divinidad y hacia los santos y bienaventurados. La Virgen estuvo poseída y animada desde su infancia del Espíritu de Dios. Tuvo una singular afición al silencio y una gran aversión al mucho hablar. Pocas palabras encontramos en el Evangelio de María Santísima, más bien se nos dice que Ella todo lo guardaba en su corazón. Y lo mismo su esposo San José, del que no encontramos ninguna palabra en el Evangelio, con lo que nos hacemos idea que debió ser un hombre de gran silencio exterior e interior. Dios ama el silencio porque es un sacrificio de la pasión e inclinación que tenemos a hablar, y sobre todo, es una anulación de nuestro propio "yo" tan dado a hablar de sí mismo, y por la palabra ejercer una autoridad sobre los demás.

El Hijo de Dios guarda silencio desde que está en su vida gloriosa y en el Santísimo Sacramento del Altar para enseñarnos:

- A glorificar a Dios Altísimo en sumo grado con y en el silencio.
- A reparar todo el deshonor que los hombres dan a Dios con los pecados de palabra.
- A merecer con el silencio la gracia de hacer un buen uso de la lengua.



¡Cuánto edifica una persona que gusta y vive del silencio! Son personas que nos atraen y que nos hacen pensar. Se intuye que algo grande acontece en su interior, y a veces te sobrecoge su saber estar a la altura de un verdadero cristiano o cristiana. Ciertamente el silencio preserva a las almas de muchos males.

El silencio es la plegaria de los fuertes. El hombre de hoy tiene miedo de estar solo, porque sabe que en ese silencio habla Dios, y no quieren adquirir compromisos con Él, pues implican renunciaciones. "La voz de la lengua no es escuchada por Dios, si no va unida con la del corazón" (San Agustín). Sólo en la noche del silencio podemos bucear hondo, calmar el oleaje nervioso de nuestros sentidos agotados, acallar nuestras pasiones. El silencio te revela tu propio ser, te empiezas a conocer. La palabra que vale es la que sale de los labios precedida del silencio del corazón. Cuando ya se ha aceptado la muerte a uno mismo en aquello que ponía obstáculo por falta de confianza en Dios. Deberíamos hablar solo cuando lo que fuéramos a decir edificara más que el silencio. El bien no hace ruido y el ruido no hace bien. Las luces divinas más elevadas, descienden al alma en el silencio del amor (P. Tomás Morales S.J.).

EL SILENCIO HA DE SER VERDADERO SILENCIO

Jesús guardó silencio durante treinta años. Los cristianos y los que nos gozamos de seguirlo, deberíamos unirnos a Él en este largo silencio de su vida. Cuando el silencio es por gustar más de Dios y meditar en sus misterios, ese silencio nos santifica mucho, porque es como si nos hiciéramos uno con Cristo. La persona que practica el silencio, cada día lo desea más y lo necesita más. Es una gracia muy singular del Espíritu esta virtud, que el mundo no conoce y hasta desprecia.

Manteniendo el alma en silencio, silencio pleno de amor a Dios, cualquier actividad vale mucho más que todos los rezos hechos con distracción. Nuestra oración tendría que estar siempre envuelta en dicho espíritu. Jesús decía a Gabriela Bossis: *Soy el Amor silencioso, pero también el Amor elocuente. Cuando Me lo hayas dicho todo, te quedarás silenciosa sobre Mi Corazón. ¡Qué hermoso es ese silencio de serenidad e intimidad con Dios! ¡Cuánto puedes conseguir en esos momentos benditos! Haz pues silencio en tus recuerdos. Recuerda que si a los amigos se les celebra con fanfarrias, a Mí se Me celebra en el silencio de tu corazón. ¡Oh admirable silencio fecundo! Considera la gran influencia que ejercía Mi Vida oculta; todo lo hacía sin ruido. A Mí puedes decirme toda clase de palabras; pero con los demás, ama el silencio.*

Muchas veces no podremos evitar preocupaciones y distracciones, pero practicando asiduamente el silencio, sabiendo que le gusta tanto a Dios, sin duda quedará en nuestra alma una zona profunda donde Dios pueda hablarnos, porque ni siquiera las distracciones o preocupaciones podrán romper nues-

tra intimidad con Dios, si hay un profundo deseo de amarle por encima de todo.

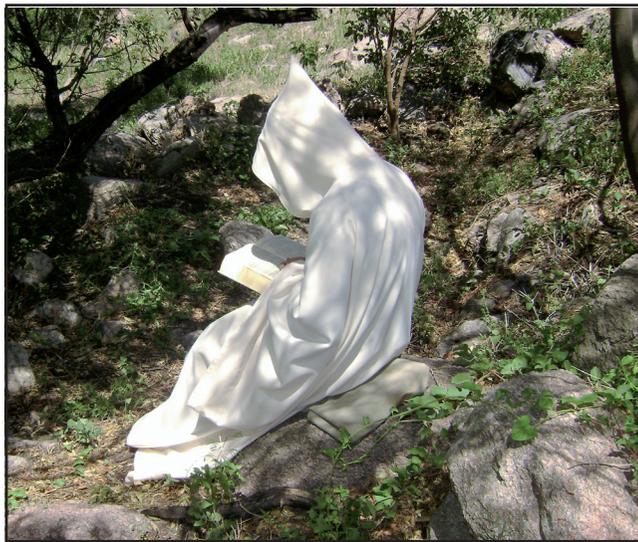
El silencio, es el valor de la prudencia, es el valor de ser pausado para hablar y expresar las cosas. El valor de guardar silencio nos permite ser sabios en muchas ocasiones, traer paz donde hay discordia, decir más cosas que con abundancia de palabras y propiciar la paz en nuestro entorno. Bastaría ver el grado de silencio que guarda una persona en reuniones o grupos, para saber el grado de vida interior que tiene. Una persona así destaca sobre la mayoría, porque no busca imponerse, ni llamar la atención por su sabiduría, sino sólo aportar lo que sea estrictamente necesario.

Decía Santa Faustina Kowalska que una religiosa que no es callada, nunca llegará a la santidad, es decir, no será santa. Esto también podríamos aplicarlo a los seglares que desean ser santos y aspiran a crecer en la virtud. Para poder oír la voz de Dios, hay que tener la serenidad en el alma y observar el silencio. No un silencio triste, sino un silencio en el alma, es decir, el recogimiento en Dios. Se pueden decir muchas cosas sin interrumpir el silencio y, al contrario, se puede hablar poco y romper continuamente el silencio. Un Padre del desierto dijo algo que mereció ser recordado por otro: “Hay quien parece callar y su corazón juzga a los otros; éste habla siempre. Y hay quien habla de la mañana a la noche y guarda el silencio, es decir, no dice nada que no sea útil” (Poemen). ¡Oh, qué daños irreparables causa muchas veces la charlatanería! Se hacen muchos daños al prójimo, pero sobre todo a la propia alma.

Dios no se da a un alma parlanchina, que, como un zángano en la colmena, zumba mucho, pero no produce miel. La persona habladora está vacía en su interior. No hay en ella ni virtudes fundamentales, ni intimidad con Dios. No puede hablar de una vida más profunda, ni de una paz dulce, ni del silencio en el que mora Dios. El alma sin gustar la dulzura del silencio interior, es un espíritu inquieto. Muchas almas, sobre todo en la vida consagrada, al no guardar el silencio que su regla establece, son una verdadera ruina por dentro, almas que podrían haber llegado a santas y se malograron eternamente, porque lejos de guardar silencio (de pretensiones humanas) en los tiempos de trabajo (en el ámbito espiritual) se dedicaron a hacer cosas, incluso religiosas, pero de tal forma que les proporcionaran prestigio y fama, o en vez de orar y dedicarse a las cosas de Dios, se emplearon en fomentar disensiones con sus pretensiones de dominio y prestigio ante los demás.

EL SILENCIO ES COMO UNA ESPADA

Deberíamos temblar al pensar que debemos rendir cuentas de la lengua y de toda palabra ociosa que digamos (Mt 12,36). En la lengua está la vida: “Si alguien no falta en el hablar, ése es un hombre perfecto, capaz de controlar también todo su cuerpo” (Sant 3,2-3). Pero también nos puede acarrear la lengua nuestra muerte espiritual, pues a veces con la lengua matamos, comemos un verdadero asesinato (Sant 3,5-12). ¿Y podemos considerar esto como una cosa pequeña? Los san-



tos nos enseñan que para que el Espíritu Santo pueda obrar en el alma se necesita silencio y recogimiento. Dificilmente entrará la inspiración del Espíritu Santo en un alma con espíritu mundano y dispersado. El poder del silencio es tal para la santidad, que podríamos compararlo a una espada en la lucha espiritual; un alma platicadora no alcanzará la santidad. No es que le será difícil alcanzarla, sino que no la alcanzará. Esta espada del silencio cortará todo lo que quiera pegarse al alma. Somos sensibles a las palabras y queremos responder de inmediato, echamos en falta una sensibilidad bien dirigida, para calibrar si es la voluntad de Dios que hablemos. El alma silenciosa es fuerte; ninguna contrariedad le hará daño si persevera en el silencio. ¡Cuántas almas se derrumban porque se sienten heridas, y por tanto derrotadas, incapaces de mantener su Regla de vida espiritual, porque alguien les ha ofendido y, al faltar el silencio que pusiera orden en esa sensibilidad, se han venido abajo! El alma silenciosa es capaz de la más profunda unión con Dios; vive casi siempre bajo la inspiración del Espíritu Santo; en el alma silenciosa Dios obra sin obstáculos.

Los religiosos, y sacerdotes, como cualquier persona consagrada, además de los votos, han de practicar con todo empeño una regla importantísima: *el silencio*. Si esta regla fuera observada rigurosamente, los conventos serían antesalas del Cielo. El Espíritu Santo no habla a un alma distraída y disipada, pues aunque le hablara ésta no lo oiría, sino que, por medio de sus silenciosas inspiraciones se comunica al alma recogida y silenciosa. Si fuéramos más dados al silencio, o lo que es lo mismo, a evitar palabras ociosas e innecesarias, se evitarían muchas murmuraciones, amarguras, maledicciones y chismes, no sería tan maltratado el amor del prójimo, en una palabra, muchas faltas se evitarían. Los labios callados, que realmente sean fruto de una profunda vida interior, son el oro puro de la espiritualidad auténtica y dan testimonio de la santidad interior.

Nuestra vida debe ser similar a la de la Virgen, que es el modelo que debemos imitar: silenciosa y escondida; unidos continuamente a Dios, rogando por la Humanidad y para que la segunda venida del Hijo de

Dios se lleve a cabo en nuestros días, pues el alma santa no puede soportar que nuestra sociedad esté inmersa en la apostasía y la Iglesia se halle infectada por el ambiente pagano contra el que no se ha defendido suficientemente.

El silencio es un lenguaje tan poderoso que alcanza el trono de Dios. Decía el Padre Morales (S.J) que si la soledad es la patria de los fuertes el silencio es su plegaria. Solo en el silencio, en el vacío del ruido, en la calma armoniosa de cada persona consigo misma, brota la llama de la santidad, porque el silencio es el clima de Dios y un aliado formidable de la gracia.

Expresaba el Señor a un místico: *Apártate de las personas ruidosas, busca el silencio para que me encuentres, escucharás mi voz en lo profundo de tu ser y conocerás el camino que debes andar.* Y a Gabriela Bossis: *Respecto a las criaturas usa un profundo silencio, sé benigna y dócil con todos; haz que tu vida, tu respiración, tus pensamientos y afectos sean continuos actos de reparación que aplaquen mi Justicia, ofreciéndome también las molestias que te dan las criaturas, que no serán pocas.* Y es que el silencio nos trae sabiduría y luz al podernos adentrar en los misterios de Dios sin ruido alguno que nos estorbe. Es entonces cuando empieza a obrar el Espíritu Santo en nuestro interior



y a veces sin darnos cuenta. Es entonces cuando los criterios divinos se sobreponen a los nuestros o a los del mundo, y gracias a ese silencio que guardamos exterior e interiormente, vamos comprendiendo muchas cosas sobrenaturales que Dios mismo tiene interés en darnoslas a conocer, porque el silencio es el ambiente propicio para que obre en el alma el Espíritu Santo con sus mociones, e inspiraciones, pues el Espíritu no se comunica nunca en el ruido del mundo

ESCUELA DE SILENCIO

Debemos saber sustraernos de nuestras obligaciones y que no nos dominen para que ellas no nos lleven a donde no queremos. El silencio tanto exterior como interior, nos ayuda a vivir en la presencia de Dios, sentimos como Él nos mira y que está pendiente de nuestros movimientos. Vivir en la presencia de Dios nos ayuda

a vivir en santidad, porque al sentirnos observados por Él procuramos que nuestros actos, y nuestras composuras sean santas.

Nazaret es la escuela donde se comienza a entender la vida de Jesús. Una lección de silencio ante todo. Allí donde pasó Jesús tanto tiempo en compañía de sus padres, allí el silencio es el protagonista del hogar, porque personas tan celestiales como ellos no necesitan palabras para comunicarse mutuamente y transmitirse el amor a Dios y a las almas. Ni sus convecinos, ni sus allegados, ni otras personas saben que Jesús es el Mesías. La Sagrada Familia guarda silencio, no van proclamando a viva voz que el Mesías esperado está en su casita de Nazaret. Allí, en esa escuela de amor y de silencio, vive la Santísima Trinidad como en su propio hábitat, ninguno de los miembros de la familia desentona con el otro porque todos son almas de silencio y de oración. Tal fue el silencio de María Santísima que no se atrevió a hablar a San José de su divina gestación. Y tal fue el silencio de San José que no se atrevió a preguntar a su esposa lo que le sucedía. Y como ninguno de los dos habla, el Cielo tiene que intervenir (Mt 1,20). Ante esta disposición de los espíritus de María y José, Dios intervino al modo divino haciendo que lo que a los ojos humanos no podía pasar de anécdotas domésticas se convirtiera en Historia de Salvación. Por eso no es de extrañar que el Beato Pablo VI calificara el silencio de condición del espíritu admirable e inestimable. (CatIC. 533) Y es que las luces divinas más elevadas descienden a las almas en el silencio. El silencio te invita, sin ni siquiera proponértelo, al diálogo con Dios, que es el fundamento de la oración.

Pueden hablarnos de un cristiano que oye Misa, que reza el Rosario, que hace ayuno y da limosnas, pero si es un alma disipada, si todo esto no lo hace con silencio interior, ese cristiano tardará mucho en llegar a la virtud... si es que llega, y los actos piadosos que hace se quedarán en simples costumbres, que aunque sean costumbres buenas, no alcanzarán la perfección que Dios nos pide (Mt 5,48). El silencio va abonando todo lo espiritual o piadoso que hacemos, porque nosotros ponemos la parte material, pero en el silencio interior de nuestra alma el Espíritu hace el resto para que nuestros actos piadosos sean fructuosos para el Cuerpo Místico de la Iglesia y nuestra propia alma.

No podemos decir otra cosa, sino que el silencio es instrumento divino al ser capaz de obrar tales transformaciones en el espíritu. Y si tal es su fecundidad ¿cómo extrañarnos de que una de las estrategias del demonio, que más frecuentemente y con más éxito usa con nosotros en estos tiempos, es persuadirnos a descalificar el silencio como rutina utilizada en el pasado, carente de valor? Y así vemos con espanto que en casi todas partes tanto en los Ejercicios Espirituales como en las casas religiosas y en las iglesias ha decaído la estima del silencio de tal forma que acaban reducidos los unos a meras convivencias y días de descanso y las otras en simples albergues de personas que se autoproclaman religiosas. A la luz de lo que San Pablo profetizó que iba a suceder en los últimos tiempos (1 Tim 4,1, 2 Tim 3, 1-6) es de admirar la exactitud de su diagnóstico.

P. D. C. M. F.